

## EPÍLOGO

En un principio pareció que la sublevación de las legiones de la Galia, mandadas por Vindex, no era muy peligrosa. César tenía poco más de treinta años y nadie esperaba que el mundo pudiese librarse pronto del monstruo que le oprimía. Se sabía que las legiones se habían amotinado otras veces, aun en tiempos de otros emperadores, pero nunca habían producido aquellas revoluciones un cambio de poder; la revolución que estalló entre las legiones de la Panonia, bajo el reinado de Tiberio, fué sofocada por Druso.

«¿Quién puede subir al trono después de Nerón, decía el pueblo, si han muerto todos los descendientes del divino Augusto?» Otros le consideraban como un coloso y como un Hércules, afirmando que no podía existir una fuerza capaz de derribarle.

Hasta tenía ardientes partidarios, después de su viaje á la Acaya; pues Elio y Policteto, á quienes había cedido el poder de Roma y de Italia, se habían mostrado aún más crueles y sanguinarios que él.

Nadie estaba ya seguro de su vida, ni de su hacienda; la ley no bastaba para proteger al individuo; la dignidad humana era pisoteada, los vínculos de familia disueltos, la virtud ya no existía, los espíritus oprimidos no se atrevían siquiera á esperar tiempos mejores.

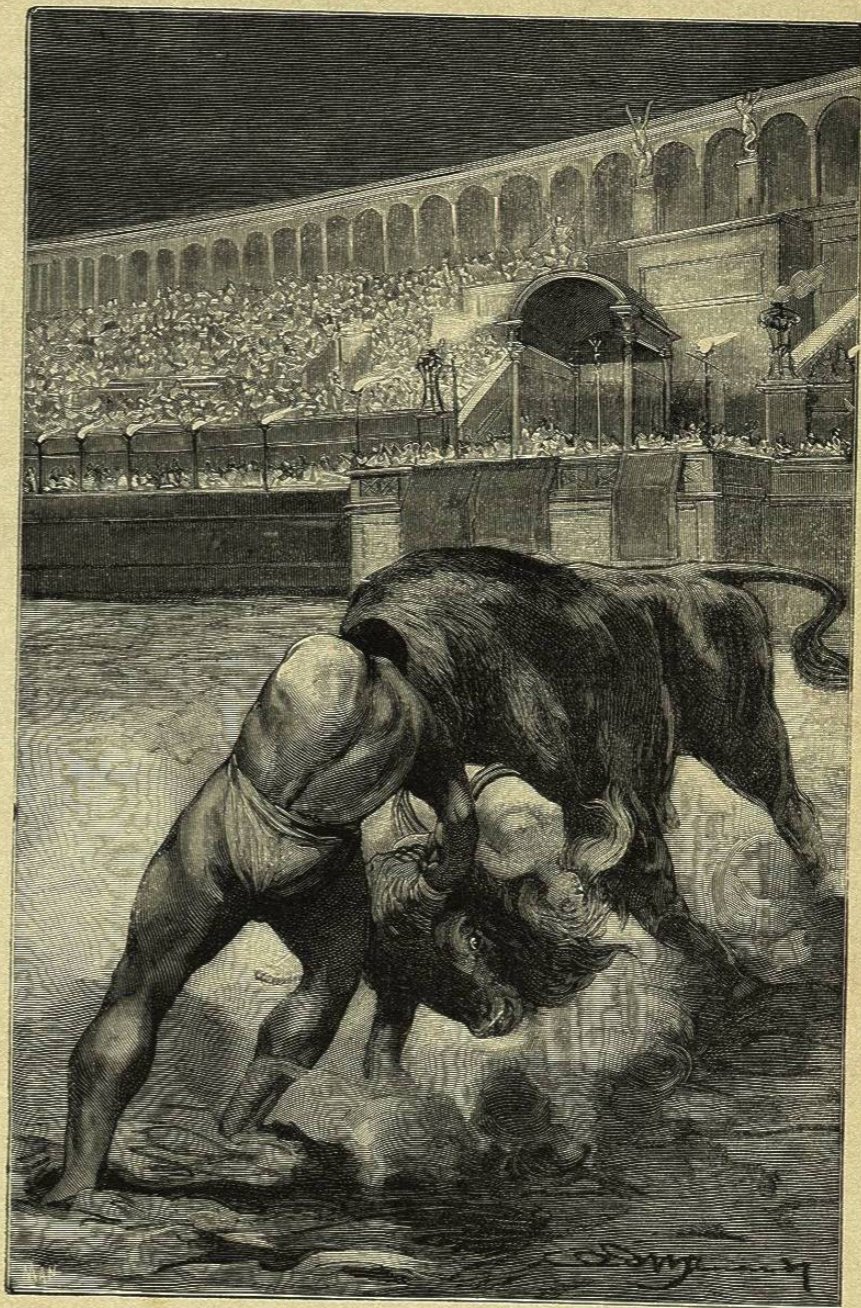
De Grecia llegaban noticias de los insuperables triunfos de César, de las innumerables victorias por él alcanzadas y de los miles de rivales vencidos por él. El mundo se había transformado en una orgía cómico-sangrienta; al mismo tiempo arraigaba la idea de que, terminado el período de las virtudes y de las acciones dignas, empezaría la época de la danza, de la música, de la maldad y de la sangre, y que en lo futuro la vida transcurriría de aquella manera.

César, á quien la rebelión impedía cometer nuevos excesos, no se cuidaba de dominarla, antes bien hablaba de ella con entusiasmo. No quería abandonar la Acaya; sin embargo, cuando Elio le comunicó que la dilación podía costarle el trono, se dirigió inmediatamente á Nápoles.

Allí se detuvo y se dedicó á declamar y á cantar, sin preocuparse del peligro siempre creciente. En vano Tigelino pretendía convencerle de la diferencia que existía entre los motines de otros tiempos y aquel que le amenazaba; mientras en los primeros las legiones no habían tenido un jefe hábil, esta vez estaban guiadas por un soldado inteligente y valeroso, descendiente de los antiguos reyes de la Galia y Aquitania.

— Aquí, respondía Nerón, los griegos me escuchan, los griegos que son los únicos que saben comprenderme, los únicos dignos de mi canto.

Afirmaba que su principal deber era cultivar el arte. No obstante, cuando se le refirió que Vindex le había llamado «miserable histrión,» se conmovió y se encami-



En aquellos momentos desplegaba toda su fuerza sobrehumana. — (Pág. 377.)



nó en seguida hacia Roma. La herida que le había inferido Petronio, algo cicatrizada durante su permanencia en Grecia, se le abrió de nuevo, y juró obtener una satisfacción del Senado por aquella inaudita injusticia.

Durante el viaje vió un grupo en bronce representando un guerrero galo vencido por un caballero romano. Nerón vió en esto un buen augurio, y desde aquel momento no volvió á nombrar á Vindex y á sus legiones más que para burlarse de ellos. Su entrada en Roma superó en esplendor á todas las precedentes; en aquella ocasión se sirvió del coche con que entró Augusto triunfante en la ciudad; un arco del Circo fué derribado para que pudiese pasar el cortejo; el Senado, los caballeros y una interminable turba de pueblo salieron á su encuentro; los muros parecían moverse sacudidos por el ruido de los gritos y aclamaciones de miles y miles de voces: «¡Viva Augusto! ¡Viva Hércules! ¡Viva el divino, el insuperable, el olímpico, el inmortal!» Detrás de él iban los trofeos de victoria, los nombres de las ciudades donde había triunfado é inscripciones con el relato de hechos y los nombres de los rivales á quienes había vencido.

El mismo Nerón parecía embriagado, y volviéndose á los cortesanos que le rodeaban, preguntaba conmovido: «¿Qué fué el triunfo de Julio, comparado con este mío?» La idea de que un mortal se atreviese á poner su mano sobre un semidiós como él no le pasó siquiera por la imaginación. Se figuraba pertenecer al Olimpo, y por lo tanto estar en sitio seguro. La excitación y el entusiasmo de la muchedumbre aumentaban su delirio. Parecía que en aquel día de triunfo, no sólo César y la ciudad habían perdido la razón, sino que la locura se había apoderado del mundo entero.

¡A través de las flores y las guiraldas no podía distinguirse el abismo! Sin embargo, aquella misma noche, las paredes y las columnas de los templos se llenaron de inscripciones en que se describían los delitos de Nerón, se le amenazaba con una próxima venganza y se hacía burla de él como artista. De boca en boca corrían las palabras: «Cantó hasta que se despertaron los galos.» Noticias nada tranquilizadoras circulaban por la ciudad: los cortesanos empezaban á temblar; muchos á quienes el porvenir parecía inseguro, no se atrevían á manifestar ni esperanzas ni deseos, y apenas se atrevían á pensar y á respirar.

César, en cambio, vivía tranquilo, no cuidándose más que del teatro y de la música, y ensayando de continuo instrumentos varios y de nueva invención.

Su espíritu infantil, incapaz de toda idea, de toda acción, creía poder alejar el peligro con la promesa de espectáculos y de representaciones teatrales. Las personas de su séquito se preocupaban seriamente, al ver que en vez de pensar en los medios necesarios para reunir tropas, no se cuidaba más que de buscar expresiones elocuentes que describiesen la proximidad del peligro. Algunos sostenían que trataba de engañarse á sí mismo y engañar á los otros con la poesía, pero que en el fondo de su alma estaba también inquieto y lleno de terror. Y en efecto, sus actos tenían algo de febril; todos los días ideaba nuevos proyectos; á veces se levantaba de un salto, como para salir contra el enemigo; mandaba embalar sus laúdes y cítaras, armar como amazonas á sus esclavas y conducir las legiones á Oriente. En otras ocasiones decidía no sofocar la rebelión por medio de las armas, sino con el canto, y se entusiasmaba ante la idea del espectáculo que seguiría á una victoria de tal naturaleza. Los soldados le rodearían vertiendo abundantes lágrimas, y él les cantaría un himno de gloria. Ya pedía sangre, ya quería contentarse con el reino de Egipto; recordaba la predicción que se le había hecho y por la cual se le prometía el dominio sobre Jerusalén, ó bien se conmovía ante el pensamiento de que había de ganarse la vida como un cantor peregrino. Las ciudades y los países lejanos no hon-

rarían en él al César, al Señor de la tierra, pero sí á un poeta insuperable como no había existido otro en el mundo.

Y así luchaba, se enfurecía, cantaba, cambiando de ideas y de proyectos á cada momento, transformando su propia vida en un sueño espantoso, fatídico y delirante, en una fatigosa rebusca de expresiones falsas, de versos malos, de suspiros, de lágrimas y de sangre.

Entretanto en Occidente las nubes se iban haciendo más densas y amenazadoras. ¡La comedia loca y cruel se acercaba á su fin!

Cuando llegó la noticia de que Galba y España se habían unido á los rebeldes, Nerón fué presa de un acceso de furor. Se hallaba en un banquete y derribó la mesa, rompió los cálices y dictó tales órdenes que ni Elio ni Tigelino se atrevieron á seguirlos. Quería asesinar á todos los galos residentes en Roma, incendiar otra vez la ciudad, soltar las fieras, trasladar la capital del imperio á Alejandría, y todo esto le parecía grande, maravilloso y fácilmente realizable. Pero los días de su poder estaban contados y hasta sus antiguos amigos le consideraban ahora como loco.

La muerte de Vindex y las disensiones en el campo rebelde parecieron dar á las cosas un giro favorable á Nerón. Y Roma dió nuevamente grandiosas fiestas, solemnizó otros triunfos y pronunció nuevas sentencias de muerte. Pero una noche, sobre brioso corcel, inesperada y precipitadamente llegó un mensajero con la noticia de que en la ciudad los mismos soldados, dada la señal de rebelión, habían proclamado emperador á Galba.

A la llegada del mensajero, Nerón dormía; al despertar, llamó en vano á la guardia que debía hallarse á la puerta de su estancia. El palacio estaba desierto, los esclavos tomaban como botín cuanto podían en los ángulos más remotos del edificio. La presencia de Nerón les llenó de terror, pues solo, atravesando todas aquellas vastísimas habitaciones, las hacía temblar con sus gritos de espanto y desesperación.

Llegaron en su ayuda sus libertos Faón, Esporo y Epafrodito, los cuales le aconsejaron que huyese, asegurándole que no había tiempo que perder; pero él trataba aún de engañarse á sí mismo. «Si vistiendo la toga de luto, pensaba, me presentase en el Senado, ¿podrían los senadores resistir á mis ruegos, á mi elocuencia? Si á la oratoria añadiese el arte dramático, ¿quién dejaría de conmoverse? ¿No me nombrarán para desempeñar la prefectura de Egipto?»

Los libertos, acostumbrados á la adulación, no se atrevían á contradecirle abiertamente; pero le prevenían contra el furor del pueblo, que hubiera sido capaz de arrastrarle antes de llegar al Foro. Le amenazaban con abandonarlo á su suerte si no se decidía á huir al galope inmediatamente.

Faón le ofreció asilo en su quinta, fuera de la puerta Nomentana. Montaron á caballo en seguida, y cubriendo la cabeza de Nerón con un manto, se dirigieron al lugar designado. Amaneció muy pronto, las calles se animaron con rapidez excepcional y por todas partes se veían grupos de soldados. El caballo de César, asustado ante un cadáver, se encabritó, cayó el manto de la cabeza de Nerón, un soldado le reconoció, y asombrado por aquel inesperado encuentro, le saludó. Corriendo á través del campo, oyeron las aclamaciones en honor de Galba; en aquel instante Nerón comprendió que todo había terminado para él; el terror y los remordimientos se apoderaron de su alma; declaraba que no distinguía ante sí más que tinieblas, entre las cuales sólo se destacaban los rostros de su madre, de su esposa y de su hermano. Los dientes le castañeteaban de miedo. Con todo, su alma de comediante encontraba cierto atractivo en el terror de aquella hora. Ser dueño absoluto del mundo y perderlo todo, le parecía de un efecto grandiosamente trágico, y fiel á sí mismo, quería representar su papel hasta el fin.



Se sintió asaltado por una especie de fiebre declamatoria, unida al vivo deseo de que sus amigos conservasen sus versos para la posteridad. A veces quería morir é invocaba á Espícolo, el famoso gladiador; en otros momentos exclamaba: «¡Madre, esposa, hermano, llamadme, haced que muera!» No obstante, de cuando en cuando renacía en él la esperanza, una esperanza vana, infantil.

No quería creer que iba á morir.

La puerta Nomentana estaba abierta; siguiendo aquel camino se llegaba al Ostriano, donde Pedro había predicado y bautizado. Al salir el sol, estaba en la quinta de Faón.

Allí el liberto no le ocultó que había sonado su última hora. Después de ordenar á su gente que cavara una fosa, hizo tender á Nerón en el suelo para que tomasen la medida exacta de su cuerpo. Le llenó de espanto ver la tierra removida; palideció como si hubiese sido ya cadáver, y frío sudor bañó su frente.

Con voz débil, pero teatral, reanudó sus declamaciones, asegurando que no había llegado todavía su hora.

Luego pidió que se quemara su cuerpo.

«¡Qué gran artista va á desaparecer!» repetía con profundo dolor.

Llegó el mensajero de Faón con la noticia de que el Senado había pronunciado la sentencia; el parricida debía ser castigado según la tradicional costumbre.

—¿Cuál es esa costumbre tradicional?, preguntó Nerón temblando.

—Se le traspasará el cuello, será azotado hasta morir y, por último, su cuerpo será arrojado al Tíber.

Nerón se descubrió el pecho.

—Pues bien..., ¡sea!, dijo con los ojos vueltos al cielo, y repitió, lanzando un suspiro: ¡Qué gran artista va á desaparecer!

En aquel momento se oyeron las pisadas de un caballo, el que conducía al centurión, que con los soldados estaba encargado de llevarse la cabeza del *Enobarbo*.

—¡Apresúrate!, gritó el liberto.

Nerón, acercando al cuello un cuchillo, se desgarraba la piel, con miedo; claramente manifestaba que no tenía valor para herirse. Epafrodito se lanzó precipitadamente sobre él..., y la hoja del arma desapareció. Los ojos de Nerón se movieron aún aterrorizados breves instantes.

—¡Te traigo la vida!, gritó el centurión entrando.

—¡Demasiado tarde!, balbució Nerón con voz hueca. Y tras corta pausa añadió: ¡He aquí el vasallo!

Su rostro se cubrió de palidez cadavérica, la sangre que salía á borbotones de la herida salpicó las flores del jardín. Un sacudimiento convulsivo, un gemido..., y por fin la muerte.

A la mañana siguiente su fiel Acté envolvió el cuerpo del que fué su amante en un lienzo precioso y lo quemó sobre un trono impregnado de perfumes.

Y así pasó Nerón sobre esta tierra, arrancando como el huracán, destruyendo como el fuego y sembrando el luto y el dolor como la guerra y la muerte.

En cambio, la Basílica de San Pedro, hoy todavía, desde las alturas del Vaticano domina la ciudad y el mundo.

Junto á la antigua puerta Capena se encuentra aún una capilla en la que se lee esta inscripción, casi borrada por el tiempo:

QUO VADIS, DOMINE?

FIN

## ÍNDICE

### DE LAS LAMINAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas
¡Salud, oh Petronio!, exclamó el joven guerrero, penetrando en el <i>tepidarium</i> . . . . .	7
Y mientras escuchaba mis palabras, trazaba dibujos con la ramita sobre la arena. . . . .	15
Toda esa gente conocía á Petronio, tanto que Vinicio oía exclamar continuamente: <i>Hic est!</i> . . . . .	19
¡Oh forastero!, tú no me pareces ni descortés ni loco. . . . .	23
Yo creo en un solo Dios omnipotente y justo. . . . .	27
Inútilmente procuraba escapar á sus besos. . . . .	55
La precedía la hermosa nodriza egipcia, negra como el ébano, con una criatura en brazos. . . . .	65
Atacino vaciló un instante, para caer exánime luego. . . . .	69
Vinicio, cogiendo un candelabro de bronce, destrozó con un solo golpe el cráneo del pobre esclavo. . . . .	71
¡Pues bien, te la ofrezco, tuya es! . . . . .	81
Temblando de ansia y de emoción, extendía los brazos, suplicante. . . . .	83
Petronio y Vinicio pasaron en seguida al atrio, donde Quilón Quilónides les esperaba. Urbano se levantó, como movido por un resorte, y exclamó: «¡Yo, padre!» . . . . .	89
¡Que la divina madre de tu valeroso abuelo Eneas te proteja..! . . . . .	111
Pedro alzó la mano, bendiciendo con la señal de la cruz á todos los congregados. . . . .	127
Licia estaba como en éxtasis. . . . .	133
Inmediatamente, como fiera enfurecida, se lanzó contra Vinicio. . . . .	139
Y emprendió veloz carrera en dirección al río. . . . .	141
Sobre la orilla apareció una figura hacia la cual hizo proa el apóstol. . . . .	157
Por un instante pareció que ambos quedaban arrobados en un éxtasis de felicidad. . . . .	169
En la vía Apia había empezado el concurso de los deslumbrantes equipajes . . . . .	179
¡Te amo! ¡Ven! ¡Nadie nos ve!.. ¡Pronto! . . . . .	189
¡Amaos en Dios y en su gloria, pues vuestro amor no es culpable! . . . . .	201
Vinicio se levantó y dijo: «Son los leones del <i>Vivarium</i> .» . . . . .	225
César se preparaba á entonar un canto, con los ojos vueltos al cielo. . . . .	235
Saliendo de Ardea, observó hacia el Noroeste un resplandor rojo. . . . .	239
Una muchedumbre furiosa, excitada, lo rodeó inmediatamente. . . . .	265
Y se precipitó en brazos de Vinicio, sin pronunciar palabra. . . . .	269
El pueblo murmura y se subleva; ¿quieres que con él se rebelen también los pretorianos? . . . . .	277
Conozco todos los sitios donde se reúnen, los antiguos y los nuevos. . . . .	283
Salva á tu Licia y huye con ella á través de los Alpes ó al África. . . . .	287
¡Llévate también el cáliz!, ordenó Petronio. . . . .	291
Hundió hasta el puño en el pecho del miserable el arma con que iba prevenido. . . . .	295
Y en menos que se dice trazó con su espada en el suelo la figura de un pez. . . . .	307
Los dos sicarios envolvieron en un lienzo el mísero cuerpecito. . . . .	313
Licia enferma y asistida por Ursus en la cárcel Mamertina. . . . .	319
El reciarío se puso á saltar ágilmente alrededor de su pesado rival. . . . .	323
Las víctimas no cesaban de repetir: <i>Pro Christo!, pro Christo!</i> . . . . .	353
En el cuarto verso de la tercera estrofa el metro deja algo que desear. . . . .	357



ÍNDICE

	Páginas
Una persona envuelta en obscuro manto se aproximó á ellos. . . . .	363
Dad gracias al Salvador por haberos concedido su misma muerte. . . . .	367
¡Oh, señor, dijo; no veré nada, porque de noche mis ojos apenas ven! . . . . .	375
¡Glaúco, Glaúco! ¡Por amor de Cristo, perdóname!. . . . .	381
Capilla del <i>Quo vadis, Domine?</i> en Roma, edificada en el lugar donde es tradición que se apareció el Señor á San Pedro . . . . .	391
Por fin te veo; no dudaba de que vendrías. . . . .	401
No puedo dejarte entrar; sigue tu camino y que los dioses te consuelen. . . . .	405
¡Has de retractarte! Debes hacerlo, sí, sí!. . . . .	407
En aquéllos momentos despl-gaba toda su fuerza sobrehumana. . . . .	409

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

CATALOGO DE LAS OBRAS

DE LA

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

- Tradiciones Peruanas**, por *Ricardo Palma*: cuatro tomos profusamente ilustrados.
- Historia de Gil Blas de Santillana**, por *Le Sage*, traducida por el padre *Isla*: lujosa edición ilustrada con 50 primorosas láminas dibujadas por *Mauricio Leloir*. Dos tomos ricamente encuadernados.
- Cantares populares y literarios**, recopilados por *Melchor de Paláu*: edición ilustrada. Un tomo.
- Novelas cortas**, por *E. de Amicis*. *Los amigos de colegio*, *Camila*, *Furio*, *Alberto*, *Fortaleza*, *La casa paterna*: edición ilustrada con multitud de grabados dibujados por *A. Ferraguti*.
- Quo vadis?**, narración histórica del tiempo de Nerón, por *Enrique Sienkiewicz*: edición española sin supresiones ni alteraciones. Un tomo ilustrado con cuarenta y ocho hermosas láminas dibujadas por el notable artista *C. Minardii*.
- Historia de los Griegos**, por *Victor Duruy*: tres tomos con multitud de grabados que representan vistas de lugares, monumentos, objetos de arte, monedas y todo cuanto con la antigüedad se relaciona.
- La guerra franco-alemana (1870-71)**, por el mariscal conde de *Moltke*: un tomo ilustrado con numerosos retratos y acompañado de un mapa de grandes dimensiones en el que pueden seguirse paso á paso los movimientos de los dos ejércitos.
- América, historia de su descubrimiento**, por *Rodolfo Cronau*: tres tomos con profusión de ilustraciones del mismo autor, copias tomadas del natural de paisajes, monumentos, tipos y objetos desconocidos en su mayoría hasta que él los incluyó en su obra.
- Historia de América: su colonización, dominación é independencia**, escrita por *D. José Coroleu* con presencia de las obras más acreditadas que han tratado de esta materia y en especial de los originales de los modernos historiadores americanos.
- Con las obras de *Rodolfo Cronau* y de *D. José Coroleu* se completa la historia general de América desde su descubrimiento hasta la declaración de independencia de los diversos Estados que la constituyen.
- Ayer, hoy y mañana**, por *D. Antonio Flores*: tres tomos ilustrados.
- La última sonrisa**, preciosa novela original de *D. Luis Mariano de Larra*: un tomo profusa y primorosamente ilustrado por *D. Alfredo Perea*.
- Ecos de las montañas**, por *D. José Zorrilla*: un tomo ilustrado con preciosas viñetas y reducciones de las láminas debidas al lápiz del célebre *Gustavo Doré*, que se publicaron en la edición monumental de este libro.
- Obras escogidas de D. Ventura de la Vega**: dos tomos ilustrados, de los cuales el primero comprende las principales composiciones poéticas y el segundo las más notables obras dramáticas en prosa de tan ilustre autor.



- Nerón**, por *D. Emilio Castelar*: recomiéndase esta obra por el interés del asunto y por la brillantez del estilo con que el ilustre escritor describe los hechos culminantes del período histórico del emperador tirano. Tres tomos con numerosos grabados.
- En familia**, por *Héctor Malot*: preciosa novela premiada por la Academia Francesa. Un tomo con multitud de grabados de Lanos.
- La leyenda de Don Juan Tenorio**, por *D. José Zorrilla*: obra póstuma del inmortal poeta. Un tomo ilustrado por *D. José Luis Pellicer*.
- La princesita de los brezos**, por *Eugenia Marlitt*, interesante novela. Un tomo profusamente ilustrado.
- ¡Si yo fuera rico!**, por *D. Luis Mariano de Larra*: preciosa novela en un tomo elegantemente ilustrado por *D. Alejandro de Riquer*.
- Para ellas**, por *D.<sup>a</sup> Adela Sánchez Cantos de Escobar*: interesante colección de novelitas y cuentos, dedicada á las señoras. Un tomo ilustrado.
- Un mundo desconocido: Dos años en la Luna**, por *Pierre de Sèlènes*: un tomo ilustrado.
- Antología americana**, colección de escogidas composiciones poéticas de los principales escritores contemporáneos de las Repùblicas hispano-americanas. Un tomo ilustrado.
- El idolo**, por *Ernesto García Ladevese*: novela de costumbres contemporáneas. Un tomo ilustrado por *Méndez Brínga*.
- El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha**, por *Miguel de Cervantes Saavedra*. Dos tomos que constituyen una notabilísima reproducción en facsímile de la edición de esta obra inmortal impresa en Madrid en 1608 por Juan de la Cuesta. (Segunda edición.)
- La ciencia moderna**, por *Julio Broutá*: estudio popular de los principales adelantos y descubrimientos científicos de nuestros días. Un tomo ilustrado.
- Capitulos que se le olvidaron á Cervantes: ensayo de imitación de un libro inimitable**, por *Juan Montalvo*: un tomo ilustrado por *Pellicer*.
- La perfecta casada**, por *Fray Luis de León*: forma un tomo ilustrado con dibujos intercalados y primorosas cromolitografías.
- La vida en la América del Norte**, obra premiada por la Academia Francesa, escrita por *Pablo de Rousiers*: curiosísimo estudio de los usos y costumbres del pueblo norteamericano, dos tomos ilustrados con numerosos fotograbados.
- Napoleón III**: historia del origen, apogeo y decadencia del segundo imperio francés, abundante en datos nuevos y curiosos: consta de cuatro tomos con profusión de grabados.
- Vida de la Virgen María**, según la Venerable Sor María de Jesús de Agreda. Un tomo ilustrado con reproducciones de hermosas láminas de *Gustavo Doré* y con dibujos de *Don Alejandro de Riquer*.



